

INVASIONES NOMADAS

Bruce Chatwin

En la primavera del 376 DC, las guarniciones romanas de la frontera del Danubio tuvieron conocimiento de que los nómadas se habían puesto en movimiento. A través la estepa que se extendía hasta el este llegaron noticias de que el reino godo de Ermenerico en Crimea había sucumbido ante los hunos, un pueblo desconocido de arqueros montados, de bestial apariencia, cuyo lugar de origen estaba próximo al océano de los hielos perpetuos. "Nadie ha arado jamás un campo en su país--escribió el cronista de la época Ammiano Marcelino-- , o ha puesto jamás la mano en el arado. Ignoran las leyes, las casas y la existencia sedentaria, y pasan el tiempo trashumando en sus carrromatos. Si se pregunta a uno de sus hijos de donde vienen, os dirá que fué concebido en un lugar, nacido lejos de allí, y criado aún más allá". Los refugiados godos imploraron asilo al gobierno romano dentro de la fronteras del Imperio. Y, poniéndose bajo la protección del emperador, se les permitió cruzar el Danubio por miles, "como lluvia de cenizas de una erupción del Etna". Pero los huéspedes faltaron a las reglas básicas de la hospitalidad, y sólo dos años después los godos se rebelaban y mataban al emperador Valente en la batalla de Adrianópolis. A partir de este momento, el Imperio se vió sometido a todo tipo de irrupciones bárbaras.

Por importante que la caída del Imperio Romano pueda parecer retrospectivamente, fué en realidad sólo un episodio en el conflicto entre dos sistemas a la vez incompatibles y complementarios-- el nomadismo y la agricultura sedentaria. La llegada de los hunos a lomos de sus achaparrados caballos no fué un acontecimiento nuevo. La "estepa sin roturar" forma una franja continua que se extiende desde Hungría a Manchuria. Durante siglos, este territorio ha sido la reserva de los pueblos nómadas-- cimerios, escitas, sármatas, y posteriormente , ávaros, magiares y mongoles-- , que migraban por toda ella y periódicamente confluían sobre las tierras cultivadas de la civilización. La antigua Mesopotamia y Egipto tuvieron que encarar el mismo problema por parte de los pueblos de sus bordes, cuyos desplazamientos mercuriales por los desiertos y montañas circundantes eran una fuente de continua ansiedad en épocas de ascenso nacional, y de terror en épocas de decadencia. Como escribió el

historiador húngaro Andreas Alföldi, existía a lo largo del Rin y el Danubio una “barrera moral” que separaba al mundo bárbaro del civilizado. Las grandiosas fortificaciones romanas, al igual que la Gran Muralla China, eran simplemente “la consecuencia y el reflejo secundarios de dicho aislamiento moral” De manera modificada, el enfrentamiento sigue produciéndose en forma de barrera de incompreensión, esta vez entre los revolucionarios insurgentes y la autoridad establecida.

La querrela entre nómadas y sedentarios, la misma que separó al pastor Abel y al agricultor Caín, fundador de ciudades. Como convenía a un pueblo beduino, los hebreos tomaron partido por Abel. Yahvé encuentra su ofrenda de “lo mejor de su rebaño” más aceptable que los “frutos de la tierra” de Caín. El acto fratricida de Caín es juzgado como un típico crimen de asentamiento, y como castigo Yahvé esteriliza sus campos y lo condena a errar penitencialmente, “como fugitivo y vagabundo”.

Los verdaderos nómadas son los hijos de Ismael, los hombres salvajes, cuya “mano se alzaré contra cualquier hombre y la de cualquier hombre contra ellos”, activados por lo que Gibbon llamó “el espíritu de emigración y conquista”. El libro de José, por ejemplo, es un peán de alabanza del ideal de insurgencia nómada. Como el viajero del XIX, James Morier, escribiría de los i'liat, o tribus errabundas de Persia, “consideran a los shehrnishin (o habitantes de las ciudades) como unos degenerados, y aplauden la dureza y simplicidad de maneras de quien no tiene otra vivienda que la tienda, despreciando a quienes recurren al lujo de una casa y a la protección de la ciudad”.

A su vez, el habitante de la ciudad desprecia al nómada como un salvaje destructor del progreso. Y, puesto que la literatura como tal es un invento de los sedentarios, el recuerdo de los nómadas no muy bien parado en los textos. Así, un antiguo funcionario egipcio escribía de los beduinos hebreos: “su nombre huele peor que el hedor de las cagadas de pájaro”; o un secretario imperial chino, hablando de los hunos orientales: “... en sus pechos late un corazón de fieras... desde los tiempos más antiguos, nunca han sido considerados parte de la humanidad”. Las autoridades romanas trataban a los ciudadanos del Imperio como hombres, y a los foráneos como animales, y sus historiadores podían tranquilamente comparar la aniquilación de los pueblos germánicos con una intervención médica

(salubria medicamenta). En otros lugares, los nómadas invasores, que inmigraban a las tierras cultivadas, eran comparados con las plagas de langostas y los nidos de víboras.

Enfrentados con la aceleración del crecimiento de la población mundial, algunos modernos biólogos han diagnosticado que la especie humana se está aproximando rápidamente al “estadio de enjambamiento”¹, reformulando así el “lúgubre teorema” malthusiano de que las poblaciones humanas crecen hasta alcanzar los límites de su aprovisionamiento de alimentos, proliferación que sólo puede conducir a la hambruna, a menos que venga a ser limitada por una mortalidad masiva. Las especies animales alcanzan el “estadio de enjambamiento” cuando determinadas presiones selectivas, a las que han estado sujetas durante su evolución, son suprimidas. El resultado es una explosión demográfica, seguida por perturbaciones sociales producidas por el hacinamiento y el miedo ante la posibilidad del desencadenamiento de hambrunas. A esto siguen migraciones masivas orientadas al azar.

La marcha suicida de los lemmings escandinavos hasta perecer en el mar parece arrojar cierta luz sobre el trágico problema de los refugiados en nuestros días, y se prevé una situación de errabundia general de refugiados. Pero la idea apocalíptica de una destrucción total a manos de las hordas e inmigrantes no es nada nuevo. En la época de las invasiones mongolas, los observadores anunciaron confidencialmente el fin del mundo. El Khan mongol era el Anticristo en persona, y sus ejércitos de jinetes nómadas, las legiones de Gog y Magog. La máquina militar mongola generó la misma especie de ansiedad que hoy despierta la bomba atómica, y sólo por esta razón los mecanismos de las invasiones nómadas tienen un interés más que pasajero.

La palabra nómada deriva del griego nomos-- “tierra de pastos”. Un nómada propiamente dicho es un pastor trashumante, propietario y criador de animales domésticos. Llamar “nómadas” a los cazadores errantes es malentender el sentido de la palabra, ya que la caza es una técnica para matar animales, mientras que el nomadeo es una técnica para mantenerlos vivos. La psicología del cazador es tan distinta de la del nómada, como la

¹ S.R.Eyre, “Man the Pest: The Dim Chances of Survival”, New York Review of Books, 18 de noviembre de 1971, pp. 18ss.

del nómada del agricultor. El nomadismo ha nacido en los grandes espacios esteparios, tierras demasiado estériles para resultar de interés económico para el agricultor-- estepas, sabanas, desiertos y estepas, todos los cuales pueden sustentar una cierta población animal, con tal que se mantenga en movimiento. Sin movimiento, los animales morirían. El agricultor, en cambio, se halla atado a su terruño; si lo deja, sus plantas se secan.

Los nómadas nunca vagan al azar de un lado a otro, como diría un diccionario. Las migraciones nómadas son viajes guiados de animales, siguiendo una secuencia predecible de pastos. Tienen el mismo carácter inflexible que las migraciones de animales salvajes, dado que están determinados por los mismos factores ecológicos. Pero la domesticación atrofia el innato sentido animal del tiempo y del espacio. Los pastores suplen esta pérdida con su habilidad adquirida, planificando su ronda anual para satisfacer las necesidades de sus rebaños.

El territorio del nómada es la senda que liga sus pastos estacionales. El habitante de las tiendas aureola a dicha senda de la misma carga emocional que el sedentario atribuye a sus campos y casas. Los nómadas iraníes llaman a la senda por donde se desplazan Il-Rah, "El Camino". El "camino" de cada tribu se intersecta con los de otras, y los movimientos mal calculados provocan conflictos de intereses. Los pastores reclaman sus "caminos" como propiedad inalienable; pero en la práctica todo lo que solicitan es el derecho de paso a través de determinadas franjas de territorio en determinadas épocas del año. La posesión de la tierra no tiene interés para ellos una vez la abandonan. De modo que las fronteras políticas son para el nómada una forma de locura, basadas como están en agregados de territorios agrícolas.

Los nómadas de hoy, tanto si se trata de los quashgay del Irán o de los massai de Kenya, encaran hoy su crisis definitiva manos de los administradores sedentarios. Su forma de vida es considerada un anacronismo en el marco de un Estado moderno. Los nómadas se hallan resentidos y se resisten al cambio. El "problema de las tribus" es para muchos gobiernos modernos un tema tan importante como lo fué en otro tiempo para los gobernantes de las ciudaes-Estado del Cercano Oriente. Ya que la vida en las tiendas negras no ha cambiado de forma significativa desde que Abraham, el jeque beduinos, conducía sus rebaños "desde el

Neguev hacia Betel, hasta el lugar donde antes había estado acampado entre Betel y Hai" (Gen., 13,3).

'La automática disciplina del pastoreo nómada produce un alto grado de lealtad entre los parientes próximos. En la mayor parte de las culturas nómadas, la definición de ser humano es la de "aquel que migra". La palabra árabe significa "habitante de las tiendas", frente a los hazar, o "habitantes de las casas". Este último, por supuesto, es mucho menos humano.

Los nómadas, con todo, son notoriamente irreligiosos. Muestran poco interés por las ceremonias o las muestras de fé. Debido sobre todo a que la migración es en sí misma un rito, una catársis "religiosa", revolucionaria en el sentido estricto en que cada plantada de las tiendas y cada levantamiento del campamento representan un nuevo comienzo². Esto explica la violencia de las reacciones nómadas frente al bloqueo de sus migraciones. Por otro lado, si suponemos que la religión es una respuesta a la ansiedad, el nomadismo debe satisfacer alguna aspiración humana básica, que el sedentarismo no colma. Resulta paradójico, aunque no sorprendente, que las grandes religiones-- judía, cristiana, musulmana, zoroástrica y budista-- fueran predicadas entre pueblos que habían sido nómadas. Sus ceremonias están saturadas de metáforas pastoriles, sus procesiones y peregrinaciones miman las formas de la trashumancia pastoril. El Hajj, o peregrinación a La Meca, no es sino una migración artificial para sedentarios que los obliga a separarse de sus domicilios profanos. ¿Qué es, pues, lo que ha dado a los nómadas tan mala reputación?

La perspectiva menos útil es la que sugiere que el "espíritu de emigración y conquista" es un rasgo genéticamente heredado, que, a través de la presión selectiva, se halla tamente desarrollado entre los nómadas. En su *Evolution of Man and Society*, el Prof. C.D. Darlington mantiene que los instintos de los gitanos, al igual que los del hombre paleolítico, se hallan adaptados a una vida errabunda, y eriamente sugiere que las familias reales de Europa, al igual que los mongoles, están genéticamente adaptadas al caballo. Esto capacitó a sus antepasados para ganar guerras, pero los

² Para los aspectos religiosos de las migraciones, cfr. Frederik Barth, Nomads of South Persia. 1964, pp. 146 ss.

campos de batalla mecanizados los han conducido "directamente al desastre". Hasta la fecha, sin embargo, el enfoque genético de la historia ha sido o distorsionador o pernicioso. La superioridad innata del errabundo Volk nórdico fué una pura fantasía. Y tampoco es posible explicar la militancia mongola en términos genéticos. Los mongoles fueron un pueblo que cazadores que irrumpieron en la estepa, aprendieron las artes de la equitación y el pastoreo, y dejaron atrás a sus primos cercanos, los tungús y los samoyedos, que cuentan entre los menos violentos pueblos del mundo; "deformados y diminutos salvajes-- en palabras de Gibbon-- que tiemblan ante el sólo ruido de las armas".

Otros han sugerido que los montones de cráneos que iban señalando el paso de Gengis Khan, o los terribles mercados de esclavos de Bujara, son prueba del instinto primario del hombre a atacar, a dominar y a matar a los de su propia especie, instinto generalmente reprimido por las instituciones de la vida civilizada, pero incitado bajo las más "naturales" condiciones de la vida nómada. Tampoco esta explicación sirve para mucho. En vez de ésto, deberíamos más bien atribuir a la naturaleza humana una tendencia compulsiva al movimiento en el más amplio sentido de la palabra. El viaje contribuye al bienestar físico y mental, mientras que la monotonía de la sedentarización prolongada o el trabajo regular provocan en el cerebro ondas que causan fatiga y sensación de desvalimiento. Buena parte de lo que los etólogos han agrupado bajo el rubro "agresión" no es sino la respuesta airada a las frustraciones del confinamiento.

La necesidad primaria de movimiento ha sido puesta de relieve por los estudios recientes sobre la evolución humana. El Prof. John Napier³ ha mostrado que la marcha rápida es una adaptación, única entre los primates, hecha para cubrir grandes distancias en las sabanas salvajes. La marcha bípeda hizo posible el desarrollo de la mano hábil, y ésto provocó el agrandamiento del cerebro en nuestra especie. Todo niño humano muestra instintivo deseo de movimiento. Los niños con frecuencia lloran simplemente porque no pueden soportar permanecer quietos. Los niños llorones son un espectáculo difícilmente observable en las caravanas nómadas, y la tenacidad con que los nómadas se aferran a su modo de vida, así como su rápida alerta, reflejan la satisfacción de hallarse en perpetuo movimiento. Como sedentarios que somos, liberamos nuestras

³ J. Napier, The Roots of Mankind, Londres, 1970, cap. viii.

frustraciones mediante el viaje y la puesta en movimiento. La Iglesia Medieval instituyó la peregrinación a pie como cura de la melancolía homicida.

La fuente principal de la insurgencia nómada debe buscarse en la precariedad misma del nomadismo. Arnold Toynbee, siguiendo los pasos del historiador árabe del s. XIV, Ibn Jaldún, nunca podrá ser acusado de subestimar la importancia de las invasiones nómadas en el curso de la historia. Pero en su Estudio de la Historia favoreció la instancia mecánica del cambio climático para explicar las periódicas erupciones nómadas desde sus zonas de pastos tradicionales. Los viajeros del Asia Central, como Sven Hedin o Sir Aurel Stein, habían observado que las ciudades de la cuenca del Tarin habían florecido durante los siglos X y XI, mientras doscientos años más tarde se hallaban desiertas tras un cambio climático que había desecado la tierra. Esta aridificación de la zona coincidió con la irrupción mongola e inspiró al geógrafo americano Ellsworth Huntington idear una secuencia de oscilaciones climáticas que pudiera dar cuenta de cara una de las erupciones nómadas. La idea de que los nómadas han llevado a cabo sus invasiones en respuesta al reto climático se ajustaba perfectamente al esquema de Toynbee y se vió reforzado ulteriormente por la historia de Jacob y sus hijos, bajando a Egipto “porque el hambre se había adueñado de la tierra”. Pero Jacob llegó a Egipto como suplicante, y no como conquistador. E que los insurgentes pudieran anegar o no la civilización dependía de su estadio de desarrollo político. Para Toynbee los nómadas eran, o bien “expelidos” fuera del desierto o la estepa, o bien “atraídos” como por succión, cuando el caos interno de la civilización los invitaba al pillaje.

Pero el esquema de Toynbee es demasiado simple. La escasez de pastos y la presión demográfica ciertamente han contribuido a que se produjeran los grandes éxodos. Livio cuenta de un rey celta que echó mano de la expansión predatoria, “Ansioso de liberar de su reino del exceso de población”. Por otro lados, cuando los pastos han sido utilizados en exceso, la hierba se vuelve agria y menos nutritiva. La excesiva utilización de los pastos, por otro lado, desnuda la capa vegetal, dejándola a merced del viento. (inmediatamente se produce un efecto de pulverización de los suelos que impide la ulterior caída de lluvias. Ningún cambio climático se

produjo, sin embargo, en Arabia que pudiera dar cuenta de la expansión de los guerreros beduinos al servicio del Islam .

Por otro lado, no se necesitan demasiados cambios climáticos para arruinar a un criador de ganado. Pocos climas carecen de una estación seca, un tiempo de angustia física y mental, que la religión ritualiza como "Acedía" o Ramadán. En el desierto dicho momento coincide con la estación de mayor sequedad (Ramadán viene del árabe ramz, "quemar"), en el norte con los últimos meses del invierno. En dicha estación, la gente se debilita, y los animales también. Y si la estación seca dura más de lo previsto, los ricos pueden empezar a encarar una posible ruina. (Los criadores de ovejas e Nueva Gales del Sur solían calcular que a un 30% de lluvias, correspondían unas pérdidas del 80% del ganado) . Pero la estación seca ,en la terminología beduina, es también la "época de las bestias". La historia de David y el león nos recuerda los peligros que los pastores de ovejas tenían que encarar por parte de los animales carnívoros, incrementando éstos su número en directa proporción a la disponibilidad de ovejas comestibles.

La inestabilidad de su profesión ha animado a los nómadas a incrementar y guardar sus rebaños con fanática obsesión. Prefieren comer carne a expensas de otros y robar los animales de los vecinos siempre que pueden . Luego, mira a su alrededor en busca de otras alternativas-- razzias, comercio a larga distancia, y cofradías de protección como seguro contra el desastre. "Su alma-- escribió Doughty de los beduinos árabes-- se muestra ante todo avara de su propia subsistencia, y luego de su adecuado incremento. Aunque Israel se halla desperdigado entre las más educadas naciones ¿quién no ha notado en sus hijos un humor de este cariz?". Owen Lattimore, cuyo conocimiento del nomadismo pastoril no tiene rival, dijo en una ocasión: "el nómada puro es el nómada pobre ", en cuanto que no está lastrado por los lujos del sedentarismo . Pero, en una sociedad en la que el ganado es la riqueza, el nómada puro es el nómada relativamente rico. Su obsesión por incrementar sus riquezas ganaderas está dictada por el hecho de que, cuando sus ganados descienden por debajo de un cierto nivel, el nomadismo pierde su viabilidad. El nómada y su familia se ven obligados a buscar empleo como siervos agrícolas. Como Elsworth Huntington escribió en The Pulse of Asia: "todos los nómadas que he encontrado parecían vivir cómodamente. Cuando sus ganados disminuyen,

se ven obligados a buscar casa y a dedicarse a la agricultura, quedando sólo para los ricos la continuación de la vida nómada”. Los semovientes son el patrón de cambio, y los hombres ricos en animales tienen poder adquisitivo suficiente para “comprarse” esposas, comprar concesiones de pastos, y también liquidar las deudas de sangre.

Los nómadas tienen una posición inestable dentro de sus propias fronteras tribales, precisamente como resultado directo de su “ideología del crecimiento”. Y puede verse que el máximo de actividad en la estepa coincide con un clima que favorezca el crecimiento de los rebaños. Con el aumento del número de animales a defender, crecerá la demanda de pastores, y a su vez crecerán las disputas sobre pastos y las razzias. Los pastores de Abraham disputaban con los de Lot. Y sabiendo que no era posible refrenar los ímpetus de sus respectivos hombres, Abraham sugirió una separación: “¿No tienes ante ti toda la región? Sepárate, pues, de mí, te lo ruego; si tú a la izquierda, yo a la derecha; si yo a la derecha, tú a la izquierda” (*Gen.*, 13, 9). Pero, una vez el grupo escindido invade los pastos de otros debido al incremento de sus rebaños, los viejos límites y acuerdos quedan destruidos.

“Los hijos son la fuente de la riqueza”, dice un proverbio turcomano. y, como sabemos por el evangelio de S. Juan, un buen pastor cuida de sus propias ovejas, al revés que hace el mercenario, que echa a correr a la vista del lobo. El aumento de la riqueza en animales exige el incremento de la riqueza en hijos, para cuidar de los animales. De ahí la actitud exhibicionista de los nómadas ante la potencia masculina y su preocupación por la genealogía de la línea masculina. Todos los criadores de ganado tienen obsesión por la “pura sangre”, y el Antiguo Testamento está lleno de registros de garrones. Por principio económico, los nómadas no hacen el menor esfuerzo por limitar los nacimientos, al tiempo que la abundancia de leche de los animales domesticados permite a la madre nómada concebir inmediatamente después de cada nacimiento. Su primogénito es destetado muy pronto y hasta cierto punto la ruptura que esto supone debilita el vínculo entre la madre y el hijo. Este último dirige sus afectos hacia “sustitutos” animales y se le anima a acariciar a las crías animales, adquiriendo una “fijación animal” para el resto de su vida. A los muchachos se les enseña a montar tan pronto pueden caminar, si no antes. Pere Huc describe esto en *Travels in China, Tartary and Thibet*: “Cuando

destetan al niño mongol y tan pronto es lo suficientemente fuerte, lo ponen sobre la grupa de un caballo detrás de un jinete, se echa a galopar al animal y el aprendiz de jinete, para no caerse, no tiene más remedio que agarrarse con ambas manos a la chaqueta de su maestro. Los tártaros de este modo se acostumbran, desde la edad temprana, a los movimientos del caballo y, gradualmente y por fuerza del hábito, van identificándose, por así decirlo, con el animal”.

La guerra-- o al menos la competencia violenta-- es endémica en el nomadismo. La tribu es una máquina militar, y desde los cuatro años se entrena a los niños en el arte de la guerra y de la defensa. Se les encomienda la custodia de unos pocos animales con amenaza de castigo si se les extravían. Se les lava así el cerebro con la idea de que el cuidado del ganado es una de las principales finalidades de la vida. Esta devoción hacia los animales va invariablemente acompañada de una debilitación del valor otorgado a la vida humana. El gran historiador de China, Ssu-Ma Ch'ien describe este proceso en su noticia acerca de los hsiung-nu, o hunos orientales: “los niños empiezan por aprender a montar ovejas y a disparar sobre pájaros y ratas con arco y flechas, y cuando se hacen mayores disparan sobre las zorras y las yeguas que utilizan como alimento. Así, todos los jóvenes son capaces de tirar con arco y actúan como una caballería ligera en tiempos de guerra”. Por lo demás, la equitación engendra una especie de grandeza olímpica. Como el explorador ruso, coronel Przwalsky agudamente señaló de los nómadas calmuco: “su desprecio hacia la marcha a pie es tan grande que consideran un rebajamiento de su dignidad incluso el acercarse a pie a la yurta más próxima”. Los hunos, se nos dice, compraban, vendían, dormían, comían, bebían, celebraban juicios, y hasta defecaban sin desmontar.

La inestabilidad territorial de los nómadas sólo desventajosamente puede ser comparada con la mucho mayor seguridad de que gozan los cazadores-recolectores primitivos. Los primeros ven su territorio en términos de buenos o malos pastos, los segundos explotan agradecidamente su territorio para sus necesidades básicas, y se niegan a almacenar comida para más allá de unos pocos días. Estos pueden hacerlo, porque los cazadores-recolectores controlan de manera activa la cantidad de sus efectivos humanos. Sin leche de animales domesticados ni bestias de carga, las madres deben dar de mamar y transportar a sus hijos sobre largas distancias

, hasta la edad de tres años o más. Durante este tiempo no pueden criar otros hijos. Los cazadores-recolectores suelen ser acusados de "alegre vagabundeo", y ciertamente gozan de un muy inferior nivel de vida. Pero, al haber presupuestado sus gastos al mínimo, carecen de todo incentivo para ampliar sus fronteras, a menos que se ven forzados por otros. "Nunca ha habido el menor intento-- escribieron Spencer y Gillen de los aborígenes australianos-- , por parte de ninguna tribu, de introducirse en el territorio de otra. De tanto en tanto puede haber disputas o peleas intertribales, pero no hay nada parecido a la conquista de nuevos territorios". El único motivo que el cazador encuentra para viajar más allá de su territorio de caza es "casarse lejos", de acuerdo con el tabú del incesto. Por esta razón, los grupos aislados de cazadores-recolectores se hallan interconectados en una red de acuerdos comerciales recíprocos y alianzas matrimoniales con sus vecinos. De tanto en tanto estallan luchas, cuando-- y sólo cuando-- la paridad de dichos intercambios queda rota. De forma ue la guerra "primitiva" y la insurgencia nómada difícilmente pueden ser comparadas entre sí.

En sus venganzas de sangre, no obstante, los nómadas conservan algo de esta noción "arcaica" de equivalencia. El mundo del nómada está atravesado de vendettas, pero la justicia es siempre personal, rápida y efectiva. Todas las partes en conflicto intentan evitar que se vaya más allá de los límites. La inestabilidad de la sociedad nómada, a la vez, carece de la cohesión necesaria para llevar a cabo conquistas masivas. Los ejércitos nómadas era máquinas militares coordinadas por poderosos autócratas. Su cohesión sólo puede explicarse sobre la base de la interacción entre nomadismo y civilización sedentaria.

Solía convenir a los científicos sociales de orientación evolucionista creer que el nomadismo pastoril había precedido a la agricultura. Los cazadores, según ésto, habrían aprendido a domar a los animales. Luego, los nómadas se habrían asentado y empezado a cultivar plantas, siendo los agricultores los que habían hecho los descubrimientos que permitieron el surgimiento de las ciudades. Sin embargo, el nomadismo no es un paso hacia la civilización, sino un alejamiento de ella. Abraham dejó Ur de Caldea para convertirse en nómada. Las grandes estepas del Asia Central, al igual que las Grandes Llanuras americanas, habían conocido la agricultura antes de que los jinetes arrinconaran los cultivos.

La gran transformación que supone pasar de la recolección de frutos a la producción de alimentos, que recibe el nombre de Neolítico en el Viejo Mundo, tuvo lugar primeramente en los márgenes del Fértil Creciente, el gran arco montañoso que se extiende desde Palestina hasta el Sur de Persia, donde, al empezar a retirarse los hielos, los antepasados salvajes de nuestras actuales ovejas y cabras ramoneaban entre los matorrales de trigo y cebada silvestres. El proceso mediante el cual granos y animales fueron domesticados fué gradual y no se nos ha revelado del todo. Pero importa recordar ésto: al principio, la cría ganadera y la agricultura fueron practicados por gentes de los mismos asentamientos.

Los agricultores llegaron a desarrollar sistemas de regadío, y la agricultura descendió de las laderas de las montañas a los ricos valles aluviales, lo que incrementó asombrosamente la producción. Entre tanto, los ganaderos se retiraron a los lugares salvajes y desarrollaron un nuevo orden específico. En dichos territorios domesticaron al caballo, lo que les dió mayor libertad de acción. Así, nómadas y granjeros aparecen vinculados a un pasado común, y hasta cierto punto comparten aspiraciones comunes. Aunque recobrarán la movilidad de tiempos anteriores, los nómadas ganaderos se hallaban ya comprometidos con una ideología del crecimiento. La separación privó a los agricultores de los ricos recursos proteínicos de los animales, y a los pastores del esencial grano. Probablemente no existieron nunca nómadas independientes de la agricultura sedentaria. Ammiano Marcelino, es cierto, oyó decir que la caballería huna sobrevivía sólo gracias a la sangre de sus caballos y el forrajeo de raíces, del mismo modo que los massai succionan la sangre de sus bóvidos. Pero éstas debían ser sólo las raciones de campaña; normalmente, sedentarios y nómadas intercambian granos y vegetales por pieles, carne y productos lácteos. Los nómadas iraníes no pueden pasar el invierno sin grano. De la misma manera, el camellero del desierto no puede vivir sin dátiles. En una situación ideal, ambos tipos de cultura viven en una relación simbiótica, una al lado de la otra.

Pero el insurgente nómada tiene una movilidad táctica y es experto en la guerra de guerrillas, en el arte del "ataque y la huida" que, según Ibn Jaldún, era la práctica habitual de las naciones beduinas. "las razzias son nuestra agricultura", dice el proverbio beduino. Al nómada no le gusta ser

mandado. Considera a los agricultores como una ralea subhumana y no se siente obligado a tratarlos como iguales. Por citar a Lattimore : “cuando los jefes nómadas propugnan la agricultura es una agricultura sometida la que prefieren , explotada bajo su protección militar, pero llevada a cabo por campesinos importados, respecto de los cuales los nómadas marcan una notable diferencia social”. Un personaje de la Historia de Prisco dice lo siguiente de los hunos: “a pesar de su desprecio por la agricultura, caían sobre los silos de los godos y se apropiaban de ellos como lobos. Ocasionalmente, los godos quedaban en situación de esclavos y subvenían a las necesidades de los hunos”.

Un gusto bárbaro por el “oro incandescente” infectaba el mundo de los nómadas ganaderos. Su brillo incorruptible lo aliviaba de la plúmbea monotonía de las vastas planicies. “Llevaban aretes de oro porque eran ismaelitas”, dice un versículo del Libro de los Jueces. Los hunos “estaban poseídos por una insaciable sed de oro”, y sus predecesores sármatas y escitas tenían orifices propios que fabricaban joyas en el famoso “estilo animal”, un arte de bullente de monstruos llenos de fiereza, en el que el hombre resulta extraño. De las heladas tumbas de Pazyryk, en los montes Altai, o e la del reyzeulo huno de Noin-Ula, en Mongolia, los arqueólogos han desenterrado preciosas sedas y brocados, alfombras de fieltro y lacados. Los embajadores bizantinos en el campamento de Atila se dieron cuenta de que el dictador mismo comía con un trinchete de madera. En cambio, sus seguidores llevaban extravagantes sedas, se engalanaban con perlas, y bebían en copas de oro con incrustaciones de granates. Tales eran los efectos de su contacto con los lujos del sedentarismo.

El gobernante nómada sólo podía atraerse seguidores si los recompensaba generosamente. Un señor avaro era un señor muerto. Cuando el suministro de riquezas empezaba a disminuir, no le quedaba otra elección que el chantaje o la guerra. Ssu-ma Ch'ien refiere que los hsiung-nu nombraron a un renegado chino que se encargara de las relaciones diplomáticas con las autoridades imperiales; era él quien aconsejaba a los embajadores que pusieran buen cuidado en que sus tributos de grano y sedas fueran de la mejor calidad y llegaran en la cantidad conveniente; de no ser así, “al llegar la cosecha de otoño, montaremos en nuestros caballos y os arrebataremos vuestras cosechas”. Cuando los agricultores sedentarios habían ya endurecido sus corazones y los subsidios empezaban a disminuir, el

gobernante nómada no tenía otro remedio que arriesgarse a desplegar su maquinaria militar “natural” contra las deslumbrantes metrópolis de las llanuras.

1972